

INTRODUCCIÓN

GLADYS LECHINI*

ESTE LIBRO ES EL RESULTADO de un taller organizado en el año 2006, en el CENDES (Centro de Estudios para el Desarrollo) en Caracas, en el marco de un proyecto trianual de colaboración entre instituciones académicas del Sur. La iniciativa fue desarrollada por APISA, CLACSO y CODESRIA durante el periodo 2005-2007, gracias al generoso aporte de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI).

Este proyecto multifacético y ampliamente comprensivo fue diseñado para implementar y en algunos casos restaurar la cultura de la promoción de redes académicas entre instituciones de investigación regionales y sub-regionales de América Latina, África y Asia. El objetivo es incrementar el entendimiento recíproco entre estas regiones y al mismo tiempo contribuir a la producción y diseminación de conocimientos relevantes para el Sur, que sirvan tanto para entender y abordar los desafíos regionales como para incentivar la adopción de nuevas orientaciones políticas. A través de la organización de Talleres e Institutos de Verano en los tres continentes, el proyecto fomenta la circulación de ideas y resultados de las investigaciones tanto en el espacio académico como en el ámbito público de las regiones impli-

* Doctora en Sociología por la Universidad de San Pablo. Investigadora del CONICET. Profesora de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Consultora Académica del Programa Sur/Sur de CLACSO.

cadás. El proyecto también apunta a tener un impacto en la discusión académica que se desarrolla en el Norte, generalmente ajena a las realidades y las consideraciones teóricas y metodologías utilizadas en el Sur. Para ello, el resultado de estas actividades de colaboración será publicado en forma de libros y documentos de trabajo.

Durante el mencionado seminario en Caracas, académicos provenientes de diferentes regiones del Sur compartieron ideas y experiencias sobre realidades y problemáticas comunes, aprendiendo sobre diferencias y similitudes, compatibilidades y contradicciones en relación a temas principalmente relacionados a la arquitectura financiera internacional y su influencia sobre la estabilidad democrática y las perspectivas de desarrollo en el Sur.

Tal como fue reconocido durante las discusiones, las políticas de ajuste estructural fueron introducidas desde comienzo de los ochenta como un marco ampliamente inclusivo para la aplicación de “reformas” (amigables reformas del mercado) a partir de las cuales los países del Sur superarían sus tradicionales problemas de desarrollo. Muy por el contrario, más que resolverlos, las recetas ortodoxas de estabilización y ajuste estructural se convirtieron en factores que profundizaron las dinámicas de crisis y declinación experimentadas, salvo raras excepciones, en la mayoría de los países del Sur, reforzando las dificultades existentes y generando otras nuevas.

En este proceso de ajuste, las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) jugaron un rol fundamental. De hecho, agencias como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y, en nuestras regiones, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco de Desarrollo Asiático y el Banco de Desarrollo Africano, tuvieron un doble papel de gran influencia en los procesos políticos domésticos. Por un lado, un influyente papel económico, promocionando e implementando las políticas neoliberales en un amplio arco de mercados e instituciones económicas –algunas veces hasta contribuyendo con sus propios recursos humanos a la burocracia estatal a cargo–, y, por otro, un rol político, ayudando a “disciplinar y alinear” dentro de los estrechos límites establecidos por el Consenso de Washington a gobiernos nacionales que pudieran resistirse.

En este contexto, las instituciones financieras se convirtieron en avenidas críticas para posibilitar el avance de una estructura hegemónica internacional –liderada por fuerzas políticas y económicas globales– sobre el diseño de políticas y agendas domésticas de estados supuestamente soberanos, determinando nuevas formas de subordinación y control. Esta red asimétrica de relaciones sociales, políticas y culturales impidió a los países de la periferia implementar decisiones soberanas en áreas de gobierno cruciales, con la consecuente erosión

de sus legitimidades democráticas. Una de las consecuencias más importantes de las políticas del Consenso de Washington ha sido el debilitamiento del Estado, una institución que fue severamente demonizada y atacada, siendo múltiples los esfuerzos realizados para deslegitimarla como actor en el proceso de desarrollo. Pero tal vez más perturbador aun fue la erosión sistemática de un proceso efectivo de generación de políticas así como de sus capacidades para gestionarlas y la relocalización de la toma de decisiones macro-económicas clave en manos de los mercados y de las instituciones financieras internacionales, arriesgando tanto la consolidación democrática como el proceso de desarrollo en el Sur.

En este sentido, una temática relevante para investigar desde el punto de vista de nuestros estados se refiere a las condiciones bajo las cuales la tan ansiada democratización podría producir una distribución más justa de los recursos y promover la disolución de las arraigadas estructuras de dependencia. Otra cuestión importante con la cual deben lidiar los países del Sur, y que es muy difícil de sobrellevar, es el desafío planteado por la necesidad de garantizar el proceso de construcción del Estado en un contexto generalizado, aunque muy desigual, de erosión de la soberanía. Una clara comprensión de esta situación compleja es absolutamente esencial para vislumbrar las enormes dificultades que enfrentan los países del Tercer Mundo para implementar prácticas políticas democráticas.

Ésta es la razón por la cual el buen desempeño y la legitimidad de los gobiernos en África, Asia y América Latina requieren un nuevo pensamiento y un nuevo marco teórico. Consecuentemente, si los países no pueden ser soberanos en sus relaciones internacionales, difícilmente puedan honrar la soberanía en el ámbito doméstico, que es justamente el otro nombre para la democracia. Por otra parte, las condicionalidades de las instituciones financieras internacionales han incrementado los niveles de pobreza y exclusión, provocando no sólo una actuación negativa en términos económicos, sino también afectando negativamente las oportunidades para lograr tanto la gobernabilidad como la estabilidad y legitimidad democráticas. La búsqueda de un camino para superar las políticas ortodoxas es una cuestión esencial para el futuro de la democracia y el desarrollo en el Sur.

Reunidos alrededor de estos desafiantes temas, los académicos de las tres regiones del Sur discutieron en Caracas cuestiones generales concernientes al proceso global y al rol de las instituciones financieras internacionales en el diseño de una nueva estructura internacional. También examinaron problemas más específicos relacionados con: (a) el impacto de las políticas de ajuste estructural sobre la pobreza y la exclusión social; (b) la difícil tarea de reconciliar la democracia y el

desarrollo en África, Asia y América Latina; y (c) los ejemplos concretos de México, Etiopía, Mozambique, India, Filipinas, China y Taiwán. A continuación se presentará un sucinto resumen de los diferentes trabajos discutidos.

En “Los procesos globales y sus efectos sobre América Latina. Mundos policéntricos vs. mundos perturbados”, **Marco Gandásegui (h.)** hace referencia al sistema expansivo capitalista y sus vínculos con el Estado-Nación así como a las posibilidades de las organizaciones políticas del Sur para actuar de manera independiente, con márgenes razonables de autonomía. En este contexto, Gandásegui propone la desvinculación de las relaciones capitalistas para comenzar a construir estrategias alternativas para el desarrollo. Para el autor, la desvinculación implica la opción política tomada por una clase social predominante o una alianza de clases, para liberarse de las ataduras económicas e ideológicas impuestas por el centro de poder capitalista y procurar nuevas vías hacia la creación de proyectos nacionales auto-centrados. Sin embargo, se pregunta si la desvinculación puede ser un paso hacia la profundización de las relaciones capitalistas o el primer paso en el camino hacia el socialismo.

Gandásegui recurre a las teorías de Samir Amin, para quien la única alternativa para los países de la periferia es desvincularse del sistema-mundo que no les ofrece ningún futuro. Si nuevas alternativas aparecieran en el horizonte, varios centros podrían entonces competir con su propias dinámicas, creando un mundo policéntrico. Amin también considera la posibilidad de una vía intermedia que conduzca a una nueva fase de expansión del mundo sobre la base de una acelerada acumulación de la periferia integrada. Las propuestas teóricas de Samir Amin son precisamente lo que más preocupa a los estrategas norteamericanos, quienes esperan que Estados Unidos pueda continuar controlando los eventos en América Latina, tal como lo viene haciendo desde que se anexó la mitad de México en 1846. A pesar del hecho de que Estados Unidos está planeando “redibujar” las fronteras políticas con sus vecinos sureños (a través la extensión de sus prerrogativas migratorias y comerciales, entre otras) depende de América Latina construir sus propias alternativas. Gandásegui concluye que este desafío solamente será superado por los pueblos latinoamericanos cuando las necesarias alianzas populares los habiliten a desvincular su propio desarrollo de las demandas de la transnacionalización.

En su presentación “Fondo Monetario Internacional: de la estabilidad a la inestabilidad. El Consenso de Washington y las reformas estructurales en América Latina”, **Alicia Girón** se basa en el supuesto de que el Consenso de Washington y sus consecuentes reformas han contribuido a agravar la inestabilidad en América Latina en un

contexto democrático. Para la autora, el desarrollo del capitalismo y las reformas económicas del Consenso de Washington han profundizado la transformación de las estructuras económicas de los gobiernos, que han pasado de ser regímenes autoritarios y regulados a regímenes desregulados, democráticos y orientados por el sistema del mercado. Sin embargo, la democracia y su rol en el proceso hacia la reorganización económica, política y social no le ha dado nuevas oportunidades a la mayoría de la población, que no ha recibido ningún beneficio de las relaciones entre los países en el proceso de globalización. Es por ello importante subrayar la constante disputa entre el sistema financiero que busca el equilibrio de las variables macroeconómicas y la persistente inestabilidad financiera del desarrollo capitalista.

En su análisis, Girón describe el sistema monetario internacional desde su creación hasta la era post-Bretton Woods; los mercados financieros globales y sus implicaciones para la globalización financiera en los países emergentes; el Consenso de Washington y las transformaciones sufridas por las economías reguladas hacia sistemas de mercados desregulados, en el marco de regímenes democráticos, para concluir con algunas reflexiones sobre la democracia y los resultados de las reformas estructurales.

El problema es que luego de la “década perdida” en los ochenta, estas reformas fueron aplicadas sin tener en cuenta las condiciones específicas de cada país. De este modo, debilitaron las instituciones públicas y no lograron el fortalecimiento del empresariado nacional ante la competencia extranjera que invadió los sectores financieros e industriales de los países periféricos. Las grandes corporaciones internacionales se convirtieron en los actores principales en la era post-Bretton Woods a través de la adquisición de las empresas que habían sido recientemente privatizadas. En tanto, con respecto al ambiente financiero, las políticas de desarrollo, las reformas y la liberación de los sistemas financieros iniciaron la internacionalización de los servicios financieros, en oposición a los intereses de cualquier proyecto nacional de desarrollo. El resultado ha sido la creciente desigualdad en la distribución del ingreso, el desempleo y una disminución del consumo, llegando a picos sin precedentes en la historia de América Latina.

Arturo Anguiano, en su trabajo sobre “México: contradicciones e incertidumbres de un proceso democrático trunco”, expresa su desilusión por el fracaso del gobierno de Vicente Fox Quesada (2000-2006), del Partido Acción Nacional (PAN), en la erradicación de los males causados por setenta y dos años de hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

El autor explica cómo, en un muy corto periodo de tiempo, este supuesto gobierno innovador se convirtió en una grotesca caricatura de la fuertemente criticada administración del PRI, acudiendo a los mismos métodos y prácticas tradicionales de manipulación y control político, provocando desencanto, enojo y hasta polarización y desesperación en todos los sectores de la sociedad mexicana. Sin embargo, admite algunos avances en el nivel de transparencia, como el hecho de que las elecciones institucionales de 2006 fueron realizadas bajo la organización y supervisión de cuerpos electorales relativamente autónomos de las autoridades oficiales (el Instituto Federal Electoral y sus equivalentes en cada uno de los estados mexicanos). Éste puede ser considerado un primer paso hacia la emergencia efectiva, en México, de una ciudadanía soberana cuyos derechos fueron siempre usurpados por el Estado y sus instrumentos político-corporativos. No obstante, este paso es muy pequeño, pues el disfrute de la libertad continúa siendo segmentado, diferenciado e irrestricto hacia arriba y restringido, condicionado e incluso uniformado para aquéllos que sobreviven en los estratos más bajos de la sociedad.

En la democracia que se supone que llegó a México bajo los auspicios de la globalización neoliberal, los partidos políticos se convirtieron en máquinas electorales sin alma política, sin programa ni ideología. Apoyados por los fondos públicos y los mecanismos que garantizan el monopolio de la participación política, los partidos parecen estar florecientes, ricos gracias al dinero público, promovidos por los medios modernos de comunicación y partícipes de una sociedad política cada vez más exclusiva. Pero por otra parte, esta sociedad se está desintegrando y segmentando bajo la influencia de políticas económicas regresivas que tienen como consecuencia la pérdida masiva de puestos de trabajo y condenan a un estrato cada vez más amplio de la población al empobrecimiento, la emigración y la incertidumbre.

Similar al caso de América Latina es la situación vivida en África y el Mundo Árabe, tal como lo explica el académico egipcio **Helmi Sharawy**, quien en “La globalización americana como el mayor obstáculo para el desarrollo de la democracia en el Mundo Árabe y en África” analiza las consecuencias negativas del proyecto hegemónico norteamericano para los países de la región.

Sharawi argumenta que Estados Unidos diseña sus políticas en la región árabe-africana en el contexto de su estrategia global, impactando negativamente sobre los desarrollos democráticos del área. Sin embargo, a pesar de estar alertados sobre esta situación, los académicos y los miembros de la sociedad civil de la región han sido incapaces hasta el momento de organizar y producir una respuesta local apropiada. Ésta es la razón por la cual es importante restaurar

la cooperación Sur-Sur para poder lidiar con la estrategia global y unilateral estadounidense

Sharawy destaca que a fines del siglo XX las Instituciones Financieras Internacionales forzaron a los países del Tercer Mundo a adoptar políticas de ajuste estructural en forma paralela a los supuestos cambios democráticos. Sin embargo, para resguardar los intereses de Washington y de sus aliados imperialistas y para asegurar la provisión de petróleo del Golfo se le dio apoyo absoluto a los regímenes dictatoriales en Medio Oriente. Es más, un año después del 11 de setiembre fue dada a conocer al público en general la “Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos”, un importante documento donde los objetivos de la dominación global estadounidense se disfrazan en términos morales, glorificando la “democracia” del Libre Mercado, el internacionalismo estadounidense y el modo de vida americano.

Algunos han argumentado que la lógica de la economía de mercado refuerza las posibilidades de afianzar la democracia liberal en el caso del desarrollo capitalista liberal. Sin embargo, en una región como Medio Oriente, donde tal desarrollo está ausente debido a la supremacía de la economía de renta “tributaria” (rentas del petróleo en la mayoría de los casos) y a una larga historia de gobiernos despoticos, mucho más cercanos al modo de producción asiático que al capitalista, la tan mentada economía de mercado conduce al despotismo antes que a la democracia. En el caso del continente africano, los regímenes han tratado de justificar su despotismo apelando a un discurso sobre luchas étnicas, a la carga de la deuda externa y a la injusticia del sistema de comercio internacional. En ambas regiones, no obstante, el objetivo es instalar regímenes leales a Estados Unidos y bloquear cualquier intento de diálogo Sur/Sur.

A comienzos del siglo XXI, bajo la guía de la guerra contra el terrorismo, varias formas de políticas regionales fueron promovidas por Estados Unidos. Luego de que en setiembre de 2002 el presidente Bush anunciara su “Visión Estratégica para Estados Unidos”, su secretario de Estado, Colin Powell, dio a conocer su iniciativa para la “Asociación Estados Unidos/Medio Oriente, para la construcción de la esperanza” en diciembre de 2002. Por ella, Estados Unidos, independientemente de su discurso sobre democracia y derechos humanos, imponía arbitrariamente su derecho a destruir cualquier régimen que amenazara su hegemonía. Dos años después, en setiembre de 2004, esta iniciativa fue renombrada “Medio Oriente Ampliado”, adoptándose en este contexto la “Declaración de Alejandría” con una agenda neoliberal de economía de mercado.

De acuerdo al autor, el progreso de esta iniciativa para Medio Oriente debe ser relacionado con el “Internacionalismo Americano”,

anunciado varios años antes. Este “internacionalismo” que tuvo su reunión preparatoria en Varsovia, luego creó el “Foro Mundial para la Democracia” en Chile. Para Sharawy, esta organización privada internacional, más abarcadora que el Foro de Davos o el G-8, está dirigida contra las actividades populares y el Foro Social Mundial. Como incluye a numerosos países del Tercer Mundo, como India, Sudáfrica y México, que tienen especial preponderancia entre los países del Sur, representa un obstáculo real para cualquier diálogo Sur/Sur. Por todas estas razones, Sharawy propone reactivar el movimiento tricontinental que comenzó en 1955, revigorizando la comunidad de naciones Sur/Sur y promoviendo una globalización democrática alternativa para reemplazar a la actual, bajo el liderazgo estadounidense, que ha causado tantos problemas en el mundo.

En “El saqueo de África”, **Patrick Bond** demuestra que el continente está empobreciéndose progresivamente, y que su integración a la economía mundial no ha generado riqueza, sino que ha perfeccionado los mecanismos a través de los cuales se asegura la *fuga* de la misma. África continúa perdiendo poder en frentes como el comercio y la inversión. La pobreza y la desigualdad son características en África, donde se pueden encontrar los peores ejemplos. Sin embargo, el saqueo de África no es nuevo, sino que data de muchos siglos atrás, cuando la transferencia de valores comenzó vía la apropiación de mano de obra esclava y el tráfico de esclavos. En ese entonces, materiales preciosos y materias primas eran extraídos por medios coloniales forzosos. En décadas recientes, se ha intensificado la extracción de la riqueza a través de las relaciones imperialistas, y algunas de las tácticas primitivas de saqueo han regresado y se han expandido a través de todo el continente.

En su trabajo, Bond analiza cómo África se ha subdesarrollado a través del comercio y las inversiones vinculadas a la extracción de minerales, depredando los recursos naturales y mostrando la relación entre apertura comercial y globalización, pobreza y deterioro general de las condiciones sociales. La “marginalización” de África ocurre entonces no sólo por la insuficiencia de su integración a los mercados mundiales, sino porque otras áreas del mundo –especialmente el Este Asiático– se mueven hacia la exportación de bienes manufacturados, en tanto el potencial industrial africano está en continuo declive debido a la excesiva desregulación asociada con los ajustes estructurales.

Otro problema está relacionado con el sistema de subsidios agrícolas del Norte, el cual ha causado una creciente desigualdad rural en el mundo. Los subsidios agrícolas reflejan actualmente las contribuciones a las campañas de las agro-corporaciones y la importancia de los bloques de votantes rurales en los países capitalistas desarrollados.

La cuestión estratégica crucial es si las estrategias de desarrollo auto-suficientes –que fueron la necesaria (aunque insuficiente) condición para la mayoría de los procesos de industrialización en el pasado– pueden ser aplicadas si los países exportadores de bajos ingresos continúan estancandos en las exportaciones de *commodities*. Los mismos puntos deben ser analizados en relación a las exportaciones africanas de minerales, donde el agotamiento de recursos no renovables drena la riqueza de las futuras generaciones. En los casos más extremos, el sector petrolero demuestra cómo las ganancias generadas, generalmente lubricadas por la corrupción, han tenido consecuencias extremadamente negativas. En este sentido, diversas fuerzas de la sociedad se han apartado de la concepción de que el petróleo es una propiedad privada, que puede ser negociada entre corporaciones y gobiernos, y lo consideran como bien “común” del capital natural de la sociedad. La deuda ecológica que el Norte tiene con el Sur, específicamente en África, es muy vasta. Pero sólo algunos de estos factores son incorporados en los sistemas contables alternativos del Banco Mundial y en otros indicadores sociales y ecológicos, como aquéllos propuestos por el instituto “Redefining Progress” de San Francisco. Finalmente, la riqueza de África también está disminuyendo debido a la importante migración de mano de obra calificada, que produce fuga de cerebros.

De acuerdo a Bond, el desafío será establecer una perspectiva diferente desde la política y las políticas públicas. La solución al saqueo de África está en las propia actividad de africanos progresistas, en sus campañas y declaraciones, en sus luchas –a veces victoriosas, aunque muchas sean frustrantes– y en sus expectativas para un África que pueda finalmente romper las cadenas de una economía mundial explotadora y de una poderosa elite global que trata al continente sin ningún respeto.

En su trabajo sobre “El impacto del Consenso de Washington sobre la estabilidad democrática: el caso de Etiopía”, **Mammo Muchie** analiza la implementación de los objetivos de reducción de la pobreza en los estados africanos, en el periodo en que se ejecutaron los programas de ajuste estructural. Para el etíope, la mayor debilidad de estos programas promovidos por las instituciones financieras con sede en Washington es la ruptura que se produce entre la economía y la política y el desenganche entre la economía y la sociedad. En este proceso, la autonomía y la rendición de cuentas, el crecimiento y la redistribución, y el consenso y la inclusión se movieron en direcciones opuestas y bifurcadas.

Este dilema puede ser bien ilustrado si se considera la cuestión de la gobernanza. Sólo la gobernanza democrática y no lo que generalmente es considerado como “buena gobernanza” provee las condicio-

nes necesarias para erradicar la pobreza. Para Muchie, la diferencia entre gobernanza democrática y buena gobernanza es significativa. Los donantes inventaron la llamada “buena gobernanza” y con ella se refieren a cualquier cosa menos a la participación y al fortalecimiento de la ciudadanía. Con la gobernanza muchas veces señalan la capacidad gerencial, autoritaria, orientada al mercado. En el caso africano, la llamada “nueva generación de líderes” ha sido seleccionada de acuerdo a cuán buenos y receptivos sean hacia los donantes, y no a cuán democráticos sean con sus pueblos. Por el contrario, en las gobernanzas democráticas, la legitimidad proviene del pueblo y de la sociedad, no de donantes externos. La democracia está basada en la elección popular, fortaleciendo a los ciudadanos y a la sociedad a través del control de la autoridad estatal.

En el caso de Etiopía, los agentes del Banco Mundial argumentan que el presente régimen está comprometido con la reducción de la pobreza y con los “Objetivos del Milenio”, mientras que la economía del país continúa dependiente en materia de alimentos y no se observa ningún compromiso con la democracia por parte del gobierno. De acuerdo a Muchie, para la erradicación de la pobreza en Etiopía es fundamental profundizar la democracia para así tener legitimidad para llevar adelante las retrasadas revoluciones verde (producción agrícola de alimentos), azul (producción de agua) y blanca (producción lechera). Los donantes no deberían disociar la democracia de la reducción de la pobreza si desean ser política, moral e intelectualmente sensatos y coherentes.

Beluce Belluci en “Todo y nada: la apuesta del capital en Mozambique” analiza las posibilidades y limitaciones de dos apuestas económicas para reducir la miseria del país, mostrando la total esquizofrenia entre capital por un lado y trabajo por el otro, con el capital beneficiándose, como siempre. Para el autor, la actual violencia social e institucional, en un contexto donde la policía y los paramilitares mantienen el orden, es fruto del normal proceso de acumulación de capital, entre los que tienen y los que no tienen.

La modernización de Mozambique, incluidos el establecimiento del Estado nacional y la implementación del socialismo, ocurrió tardíamente en el contexto mundial, a mediados de los setenta, justo cuando los estados-nación comenzaban a perder peso en las relaciones internacionales y a encontrar constreñidos sus márgenes de maniobra y soberanía. Con la independencia, la modernización socialista fue impuesta como un sistema para producir bienes manufacturados, apoyándose en un Estado fuerte, formalmente diferente de los modelos capitalistas. Pero en 1992 se instituyó un modelo capitalista democrático y liberal, con un sistema legal acorde que insertó inter-

nacionalmente al país en función de las necesidades de los grandes inversores. Sin embargo, nunca antes el país había enfrentado una miseria tan grande con tan poca autonomía.

En el caso de Mozambique se propuso la inversión extranjera directa (IED) como uno de los pilares de la política económica a través del Proyecto Mozal, que comenzó a ejecutarse en el año 2000. Para el gobierno este proyecto es de gran importancia porque, al estar orientado a la exportación, traerá beneficios al vincular Mozambique con la economía internacional. Mozal, junto con otro megaproyecto que está en proceso de diseño, tendrá un gran impacto en el PBI del país y en su balanza comercial, pero no en los ingresos nacionales, en la balanza de pagos y en la creación de empleo local.

Otra alternativa a los megaproyectos para implementar una estrategia de desarrollo “pro-pobreza” ha sido atraer inversiones a través de las industrias manufactureras orientadas a la exportación con mano de obra intensiva (LIME, por su sigla en inglés), las cuales crearán más puestos de trabajo que los megaproyectos. Pero de acuerdo a Belluci, este proceso basado en el trabajo individual y familiar intensifica y agudiza la explotación. La experiencia indica que este modelo es también responsable de la exclusión en otros países y regiones. Desde una perspectiva metafórica, los megaproyectos actúan en el viejo panorama mozambiqueño con “mucho trabajo muerto y casi sin trabajo vivo, en tanto las LIME actúan con mucho trabajo vivo y casi sin trabajo muerto”.

La exclusión mozambiqueña es social, política y económica. Mozambique ha adherido incondicionalmente a las cartas de intención del FMI y ha obedecido las imposiciones establecidas por los prestamistas internacionales. El gobierno estableció un proceso de paz con Renano, democratizó al país a través de elecciones directas y posibilitó la libertad de actuación a los partidos políticos, a la prensa y a la circulación de capital. Por sobre todo, trajo gobernabilidad, permitiendo altas tasas de ganancias y su repatriación. La propuesta del FMI, el Banco Mundial y los grandes inversionistas internacionales, aprobada por el gobierno, de atraer megaproyectos y LIME –en un país con un 70% de su población viviendo bajo la pobreza absoluta– le dio una nueva cara a la explotación. De acuerdo con el autor, todo esto está en línea con los mismos objetivos coloniales de saquear al pueblo mozambiqueño. Ésta es la esencia de la nueva política económica, que se aprovecha de la reinante miseria para aumentar las ganancias del capital, bajo el supuesto de la democracia, la paz, seguridad y el buen gobierno.

En “La crisis global de la legitimidad de la democracia liberal”, **Walden Bello** aborda la actual crisis de la democracia lockiana, el

modelo de democracia promovido por Estados Unidos como el sistema de gobierno tanto para el Norte como para el Sur. Este modelo se encuentra en crisis en los Estados Unidos, así como en los países del Sur, tal como el autor muestra a través de varios ejemplos, principalmente el de Filipinas.

Aunque dos décadas atrás el “Poder del Pueblo” solía ser sinónimo de Filipinas, los acontecimientos recientes han demostrado que la mayoría está cada vez más desilusionada con el sistema político implementado en 1986. Este sistema ha promovido e incrementado la competencia entre facciones dentro de la élite, mientras que les ha permitido cerrar filas en contra de cualquier propuesta de cambio en la estructura social y económica. Las elecciones han transformado a los votantes en activos participantes de la legitimación del statu quo social y económico, creando la gran paradoja filipina: el desarrollo de un juego electoral muy animado por encima de una estructura de clases que es una de las más inmóviles de Asia.

A pesar de algunas variaciones institucionales y culturales, se puede decir que las dinámicas de las políticas democráticas en países como Brasil, Argentina, México, Ecuador y Tailandia son similares a las de Filipinas. En todos estos casos, los dictadores perdieron la credibilidad en los ochenta porque no pudieron implementar ni respaldar los programas de “ajuste estructural” que demandaban los actores externos. Pero los nuevos gobiernos democráticos rápidamente confrontaron su propio dilema cuando las agencias multilaterales les pidieron que usaran la legitimidad democrática para imponer las reformas económicas que los militares no fueron capaces de aplicar. De este modo, la democracia electoral se convirtió en el primer mecanismo de imposición de programas de estabilización o ajuste estructural en Jamaica, Haití, Filipinas, Perú y Pakistán, entre otros. Desde mediados de los ochenta hasta el 2002, una serie de gobiernos erosionaron la credibilidad democrática al realizar infructuosos esfuerzos por imponer la estabilización económica deseada por Washington y el FMI.

El punto central que remarca Bello es que actualmente la democracia, tanto en el Norte como en el Sur, sufre un proceso de erosión debido a varias amenazas. Para responder a estas amenazas es necesario iniciar un proceso de reconceptualización o revisión fundamental de lo que es la democracia en diferentes niveles, en tanto la democracia ha sido identificada por mucho tiempo con el proceso electoral, no atendiendo a las advertencias de Rousseau o Michel. Por esta razón es necesario avanzar hacia mecanismos de gobierno democráticos más directos y participativos, teniendo en cuenta al movimiento anti-globalización que enfatiza el uso de métodos democráticos directos para la toma de decisiones. La igualdad debe ser restaurada como una de

las dimensiones clave de la democracia, alcanzando una distribución más equitativa del capital y los ingresos.

Pero por sobre todo, debemos enfrentar el hecho de que el capitalismo y la profundización de la democracia no son más compatibles, y que el desafío yace en la naturaleza y el grado de las restricciones que le imponemos al mercado, mientras que reestructuramos el sistema de producción y consumo en torno a la satisfacción de las necesidades de la gente y la comunidad más que alrededor de las ganancias corporativas. Éste es un tema muy complejo, que necesita un enfoque multidimensional para enfrentar las diversas dimensiones del problema con ideas y soluciones institucionales acordes a los tiempos que corren para que la democracia no se convierta en algo del pasado.

En línea con la contribución de Bello, **Virginia Miralao** en “Globalización, democracia y desarrollo: algunos modelos asiáticos y la experiencia filipina” describe el impacto de la globalización sobre la democracia y el desarrollo en Asia, con especial atención al caso de Filipinas.

En primer lugar, Miralao expone algunos modelos relevantes de globalización, democracia y desarrollo en Asia. Brevemente analiza los casos de India, Filipinas, Singapur, Malasia, Corea del Sur, Taiwán, China y Vietnam para mostrar la diferencia entre los conceptos de democracia y desarrollo en los países de la región, y a partir de allí, el modo en que están relacionados con las nociones de desarrollo y crecimiento económico. En general, las experiencias de los países de la región apoyan la proposición según la cual la apertura de las economías nacionales hacia los mercados globales presiona a las sociedades a liberalizar también sus sistemas políticos. Pero en el caso de los países miembros de la ASEAN, esta alianza no ha sido exitosa en ciertos casos, como el de Myanmar, para lograr la democratización y el incremento de las libertades políticas de sus ciudadanos.

Posteriormente, la autora se ocupa de la situación actual de Filipinas. Desde mediados de los noventa, Filipinas ha tratado de abrir su economía y alcanzar varias “reformas de mercado”, como así también reformas sociopolíticas, para hacer al país “globalmente competitivo”. Analiza particularmente las consecuencias de la globalización sobre los niveles y perfiles educativos y sobre la estructura del empleo y encuentra razones para creer que el proceso de globalización empeorará el estado de las desigualdades socioeconómicas en Filipinas. Finalmente concluye que si bien existen tendencias emergentes que marcan una posible revitalización de la economía nacional, las mismas no parecen estar desarrollándose de la manera correcta para solucionar problemáticas como la pobreza y la desigualdad.

En su trabajo “Teorías sobre la pobreza y la seguridad alimentaria en la era de las reformas económicas”, **Utsa Patnaik** analiza el impacto de las políticas económicas neoliberales sobre las problemáticas de la seguridad alimentaria y la pobreza en la India durante los últimos quince años, criticando los enfoques predominantes y sus prescripciones.

La autora remarca que la persistente y crítica crisis agraria que actualmente afecta a la India fue generada por políticas públicas deflacionarias y por la liberalización comercial, en un momento en el cual los precios internacionales de los productos primarios estaban en baja. Esto se refleja en la caída del consumo de cereales y de energía calórica ingerida por la población india. Patnaik critica el procedimiento de estimación utilizado por el gobierno y gran parte de los académicos para calcular la pobreza. Ellos llegan a la conclusión de que la pobreza en el país está descendiendo, sin comprender que los adversos efectos del desempleo y la deflación pueden barrer cualquier beneficio proveniente de la caída de los precios de los alimentos.

Para Patnaik, los datos muestran que la pobreza se ha incrementado considerablemente durante los últimos quince años de reformas neoliberales, con más cantidad de gente descendiendo forzadamente hacia niveles nutricionales más bajos en la mayoría de los estados indios. Por tanto no hay una sobreoferta de cereales, sino un declive, y lo que es aun peor, durante los últimos años se observa una dramática caída de la demanda efectiva, especialmente en las zonas rurales, debido a una anormal pérdida del poder adquisitivo de los estratos más bajos

Su propuesta ofrece una alternativa al recorte de la producción de granos. Para Patnaik, la política correcta sería aumentar el poder adquisitivo de los sectores populares y restaurar la demanda efectiva y el acceso a alimentos a través de la combinación de un esquema de empleo garantido universal, y no sectorial.

Patnaik evalúa la relevancia de un adecuado análisis de la situación, porque la incorrecta teorización en los círculos académicos y del gobierno lleva a la formulación de políticas y a la ejecución de medidas que solamente empeoran el bienestar de las masas y empujan, especialmente a grandes sectores de la población rural, a una mayor desocupación y privación alimentaria. El cálculo oficial utiliza un particular método de estimación que desvincula completamente la pobreza de las normas nutricionales, ignorando datos actuales que muestran el aumento de la privación nutricional y la pobreza. De esta forma se rehúsa a reconocer que, mientras que en las sociedades desarrolladas los consumidores pueden separarse de una minoría que son productores agropecuarios, en un país pobre como la India, la

mayoría de los consumidores son rurales y están directamente involucrados en la producción como agricultores, por lo que las políticas deflacionarias los golpean duramente en el doble rol de consumidor y productor. La deflación de los precios no beneficia a los trabajadores rurales en tanto son parte del proceso de deflación que aumenta el desempleo más rápido que la caída de los precios. La estimación de los economistas sobre la pobreza a través del método indirecto está todavía atrapada en la vieja trampa conceptual de equiparación entre la caída relativa de los precios de los alimentos con las bajas en los índices de pobreza, sin entender que los efectos adversos del desempleo y la deflación pueden barrer con cualquier beneficio que sea producto de la caída de los precios de los alimentos. Patnaik concluye que no hay racionalidad económica para continuar un sistema público de distribución limitado cuando la pobreza rural actual es tan alta, cercana al 4/5 de la población, y cada vez una mayor proporción de gente cuyos niveles nutricionales descienden constantemente. Utsa Patnaik concluye argumentando que no hay razón económica para continuar con un sistema de distribución público centrado.

Romer Cornejo, por su parte, demuestra que no hay una inevitable relación entre liberalismo económico y democracia. En su trabajo “La participación política y los desafíos de las nuevas democracias: notas sobre China y Taiwán”, expone cómo en China los factores endógenos junto con la preponderancia de un Estado autoritario pesan más que la internacionalización de la economía; en Taiwán, por otra parte, el proceso democrático puede ser vinculado a la búsqueda de legitimidad internacional.

Los cambios en el sistema político chino durante las reformas pueden ser resumidos como la transición de un régimen totalitario a un autoritarismo de partido único. Este último ha requerido la descentralización de las decisiones y la introducción de innovadoras formas de participación, pero siempre preservando la posición hegemónica del Partido Comunista, lo cual está contemplado por la Constitución y otras leyes. De este modo, los cambios en el sistema político (las elecciones locales directas son el principal ejemplo) no pueden ser considerados como mecanismos tradicionalmente relacionados con el sistema democrático, sino más bien como instrumentos para posibilitar la supervivencia del régimen autoritario. Las elecciones locales han sido utilizadas por los nuevos líderes para enfrentar las amenazas a la gobernabilidad y el descontento generalizado de la población debido a la corrupción de los funcionarios locales.

De acuerdo a Cornejo, a causa de su sistema político Taiwán ha sido reconocido mundialmente como uno de los países más liberales y democráticos. La transición desde una dictadura de partido único a

una democracia electoral comenzó en los ochenta, junto con el proceso de taiwanización del gobierno. Desde 1991 la Constitución ha sido enmendada varias veces con el objetivo de cambiar algunos cimientos de la estructura de gobierno y los mecanismos electorales. Todas estas reformas han implicado una redefinición de las relaciones con China, en tanto la nueva elite taiwanesa en ascenso quería renunciar al proyecto de reunificación y comenzar a construir una estructura política propiamente taiwanesa y una nueva forma de nacionalismo. El actual proceso de apertura no fue solamente producto de las fuerzas sociales domésticas de la isla, sino también de su relación con el sistema internacional y China. Hasta el momento, la intensificación de las relaciones económicas ha aumentado la dependencia de la isla del comercio con el continente. Beijing, por su parte, ha jugado sus cartas para influir sobre las elecciones de Taiwán a través de diversos medios. Otro aspecto relevante señalado por Cornejo es la existencia de una sociedad con una movilidad de clases dinámica resultante del acelerado proceso de desarrollo, oportunidades económicas y políticas estatales efectivas (una reforma de la tierra eficiente y fuertes inversiones en materia educativa, industrial y de infraestructura).

Habiendo analizado el actual sistema político y las elecciones locales, Cornejo reconoce que actualmente uno de los problemas en Taiwán es la creciente falta de confianza de los votantes hacia los partidos políticos, debido al avance de la corrupción y a la “nueva cultura electoral pop”. Concluye que la democracia es más que procedimientos e instituciones establecidos; la cultura política es particularmente importante y las nuevas democracias todavía necesitan de la educación política para formar ciudadanos reales.